

Meditación Navideña

Una carta de Rainer María Rilke

Entre las cartas publicadas de Rainer María Rilke hay una escrita desde Roma la antevíspera de Navidad de 1903 dirigida al joven escritor Francisco Javier Kappus. Por la fecha sabemos que se trata de las producciones tempranas de Rilke realizado ya su viaje a Rusia donde tuvo contacto con el misticismo religioso ruso. En aquella época aparece ya el genio introspectivo de la realidad existencial del hombre en el mundo, situando la existencia en el horizonte de lo infinito a la vez cercano y lejano, es decir de lo inmanente.

El joven Kappus, entonces recién egresado de una escuela militar, había comenzado su correspondencia con el célebre poeta buscando una orientación literaria, pero pronto le confió preocupaciones de índole personal. Kappus echaba de menos en su carrera de armas una aproximación más humana a los demás y esta soledad interior le llenaba de pesar. Rilke toma ocasión para dar aliento a su amigo canalizando su angustia hacia una profunda meta religiosa.

Así tuvieron su origen estas reflexiones que partiendo de una vivencia existencial buscan una actitud religiosa en consonancia con la celebración del Misterio de Navidad. Quizá esta orientación hubo de parecer un tanto inesperada para Kappus quien desde hacía tiempo se encontraba alejado de Dios. Con todo, la proximidad de la celebración navideña hace que esta meditación cobre oportunidad.

Los párrafos más pertinentes de la carta son los siguientes:

Roma, 23 de diciembre de 1903

Mi querido Kappus,

En esta Navidad no puedes quedarte sin un saludo mío sobretodo cuando en medio de esta festividad se te hace tu soledad más pesada que nunca. Pero cuando te des cuenta de que la soledad es algo grande entonces mas bien te alegrarás de ello, porque qué sería una soledad si no fuera algo grande? La soledad es una y esa es grande y difícil de sobrellevar y a todos les llega un momento en que a gusto cambiarían su soledad por una compañía aunque sea banal barata, por la apariencia de coincidir con alguien, sea el primero que salga al paso, con el menos digno...

Pero tal vez son esas precisamente las horas en que crece la soledad y su crecimiento es doloroso como el crecimiento de un muchacho, y triste como el comienzo de la primavera. No debes engañarte. Lo que importa es sólo esto: Soledad, gran soledad interior. Recogerse en sí mismo y no ver a nadie por horas. Esto se ha de conseguir. Estar solo como cuando se era niño mientras los adultos

se afanaban alrededor complicados con cosas que parecían importantes y de peso, parecía así porque se veía a los mayores tan ocupados y no se comprendía nada de sus acciones.

Y cuando un día llega en que se cae en la cuenta de que esas ocupaciones son en realidad vacías y las profesiones humanas, fosilizadas y desvinculadas de la vida, entonces, porqué no tomar de nuevo la actitud del niño y mirar a esas cosas como si fueran extrañas, mirarlas desde lo profundo del propio mundo, desde la latitud de la soledad propia, soledad que es trabajo y estado y profesión? Porqué querer cambiar ese sabio no-entender de un niño por el distanciamiento y el desprecio? En efecto, no-entender es ya estar solo, mientras el distanciamiento y desprecio equivalen a participar en esas mismas cosas de las que por esos mismos medios uno se quiere alejar.

Piensa en el mundo que tú mismo llevas dentro de tí. Da a ese pensar el nombre que quieras, el recuerdo de la infancia propia o bien el anhelo por el futuro, pero manten tu atención para lo que surge en tí y destácalo por sobre las cosas que te rodean.

El no existir ningún contacto entre tí y los hombres no es razón para angustiarte o estar triste. Trata de acercarte a las cosas. No te abandonarán.

Aun están las noches y el viento que pasa por los árboles y sobre muchos países. Tienes entre los animales y las cosas todo lleno de acción. Y tú puedes participar en ello. Y todavía los niños son así —como tú lo has sido, tan tristes y tan felices— y cuando piensas en tu infancia entonces vuelves a vivir entre ellos, entre los niños solitarios. Entonces los adultos te aparecerán como nada y su dignidad de poco valor.

Si el pensar en tu infancia con todo lo sencillo y apacible que ésta lleva consigo te es más bien angustioso porque ahora no puedes creer más en Dios, quien allí figura en todo, entonces pregúntate si en realidad has perdido a Dios. O mas bien sucede que no lo has tenido nunca? Porque cuándo ha debido haber ocurrido esto? Si un niño lo puede tener, crees tú que los hombres lo soportan penosamente y su peso oprime a los ancianos? Crees tú que quien verdaderamente lo posea puede perderlo como se pierde una piedrecilla? O te parece que quien lo posea pueda ser abandonado por él?

Si reconoces que El no figuró en tu infancia, ni antes tampoco, si piensas que Cristo fue víctima de su propia ilusión y Mahoma traicionado por su soberbia, y si en este momento en que hablamos de El, entonces cómo se podría explicar que ahora lo echas de menos y busques al que nunca existió como si se hubiese perdido?

Porqué no piensas que El es el que ha de venir, el que vive desde toda la eternidad, el futuro, el fruto último de un árbol cuyas hojas somos nosotros? Qué te impide proyectar su nacimiento en los tiempos venideros y vivir su vida como el día doloroso y esplendoroso en la historia de una gran gestación? No ves entonces que todo lo que llega a existir siempre es un comienzo, y acaso no podía ser su comienzo ya que comenzar es en sí siempre tan hermoso? Siendo El lo más perfecto, no debería ser precedido por lo menudo para que pudiera sobresalir entre la plenitud y superabundancia? Acaso no debería El ser el último para compendiar en sí todas las cosas? Y qué sentido tendría nuestra nostalgia, si El ya hubiese pasado?

Como las abejas que van reuniendo conjuntamente la miel, así lo construimos a El tomando lo más dulce de todas las cosas. Lo empezamos siquiera con lo menudo e imperceptible (para ésto sólo el amor cuenta), con el trabajo y el descanso subsiguiente, con un silencio o con una pequeña alegría que nadie conoce, con todo aquello que hacemos solos sin que nadie tome parte le damos comienzo a El, a quien no podremos experimentar así como un peso que gravita sobre nuestro destino, como sangre que crepita, como gesto que surge desde las profundidades del tiempo.

Hay algo que te pueda quitar la esperanza de ser algún día en El, el más lejano, el más exterior?

Con estos sentimientos piadosos celebra las navidades, querido Kappus, piensa que El para empezar tal vez requiere de ti esta angustia. Precisamente estos días de tu conversión son tal vez el tiempo en que todo lo prepara a El en ti como tú cuando niño sin sosiego lo preparabas a El. Sé paciente y piensa que lo menos que podemos hacer por El es no hacer más difícil su venida, veamos lo que la tierra hace con la primavera cuando ella quiere venir.

Sé alegre y ten buen ánimo,

RAINER MARIA RILKE.

Hasta aquí la carta de Rilke. Lo que sigue quiere espigar el sentido cristiano de los pensamientos de Rilke que están lejos de ofrecer una interpretación panteísta, como a primera vista puede pensarse. Hablar de Dios no es nada fácil y en boca de un poeta relacionado con el lenguaje de los místicos el peligro de expresiones ambiguas es todavía mayor. De ahí la oportunidad de un comentario.

El punto de partida: la soledad

Empezar por la soledad es más fácil hoy que en los tiempos de Rilke hace 60 años. Aunque los medios de comunicación se han desarrollado extensamente, lo paradójico es que ese crecimiento parece haber monopolizado toda la actividad y deja poco que comunicar. Redes y más redes juntan... grandes vacíos. Las muchedumbres se apiñan sin decirse realmente nada. La alharaca del radio y la venta al por mayor de discos con chistes, música y cuentos son compensaciones precarias para pintar de ruido un hondo vacío. La proliferación de transistores se extiende en una duplicación extravagante entre los espectadores de los eventos deportivos. Todo eso indica una cosa: falsos escapes de la soledad. La soledad presiona.

Los hombres de letras de estos tiempos son conscientes de la invasión vertical de la soledad precisamente en el siglo del desborde de hombres y de voces. Thomas E. Eliot en sus "Hombres Huecos" predice que el mundo terminará *por with a bang but a whimper*. Luis Pastori pregunta sorprendido frente al "Renacimiento de la soledad": Qué ciega sacudida del hombre—resquebrajó el glaciar que te guardaba—y revivió tu muerte subterránea—y te trajo otra vez y para siempre? (2)

Invitación al silencio

Desde luego, como dice Rilke, no hay sino una soledad y esta es grande. Ser grande es atributo esencial de la verdadera soledad. La invi-

1. Rainer María Rilke. Briefe an einen jungen Dichter. Insel Verlag. Wiesbaden. 1958. pp. 29-33
2. Luis Pastori Aire de Soledad. Cuadernos Julio Herrera Reissig. Montevideo. 1959.

tación a una actitud cónsona con la Navidad (más claro: con el misterio de la Navidad) se convierte en una invitación a vivir y realizar al menos por algún tiempo esa gran soledad, dejando la hojarasca de las falsas compensaciones y tomando a pecho la soledad interior tal como expande sus alas dentro del corazón humano. Recientemente el P. Rahner en sus preámbulos para una meditación navideña insiste en exigir la valentía de estar solo, en no hablar ni consigo mismo ni con otros con quienes se disputa a pesar de no estar presentes. Se trata de entrar en el silencio sin buscar nada extraordinario sino en lo puro y tranquilo del silencio dejar que se recojan el agua de la vida propia, lo pasado, lo presente y lo futuro en el recipiente del corazón que se hace en silencio presente a sí mismo. (3)

La infancia en el destierro

El tiempo de Navidad nos llama a arrodillarnos junto al Niño Jesús recién nacido. Las voces de Navidad son voces de niños. Y el recuerdo de la Navidad es el recuerdo de la infancia. Para Rilke la soledad del niño tipifica la soledad interior genuína. Qué solo está el niño rodeado de adultos! El niño mira y admira las ocupaciones de los mayores sin entenderlas y cuando crece y las entiende y ve lo banales que son, se retira con la decepción en el pecho y la crítica en los labios.

Se exhorta a tratar de volver a la soledad de la infancia, a ese sabio no-entender de los niños. Un volver a comenzar el comienzo con todo lo hermoso que contiene, donde se encuentra lo genuino, donde la amargura y el desencanto no han malogrado la primera dulzura. Esto supone desentenderse de lo artificial y elaborado de las convenciones humanas y dejar las "ocupaciones" tan vanas como aturcidas. De los inocentes se dice que pasan por el mundo como niños sin darse cuenta de los trucos y de las técnicas del mal. La genuina sencillez de paloma lleva consigo a prudencia de serpiente y así en la perspectiva de la infancia espiritual "los adultos parecerán como nada y su dignidad sin valor" esto es, el prudente traspasará con su mirada la máscara del mundo con sus fórmulas y compromisos y se dará cuenta de la verdadera realidad. Y así el realista no tendrá nada de ingenuo y anda-entre-nubes.

"Te quedan las cosas..."

Roto el contacto con los hijos de este mundo, se abren las puertas de la creación llena de vida. "Trata de acercarte a las cosas, no te abandonarán". El solitario es todo percepción de la armonía y bondad de las cosas como San Francisco

3. Karl Rahner. Zur Theologie der Weihnachtsfeier. Schriften zur Theologie. Benziger Verlag. Einsiedeln.

de Asís. Aquí usa Rilke una expresión lírica que se repite como leitmotiv en otros de sus poemas —la vida del viento y los árboles. “Aun están las noches y los vientos que pasan por sobre los árboles y sobre muchas tierras... Entre las cosas y animales todo está lleno de acción y-tú pueden participar en ello...” Un minuto casi leibniziano ante los ojos mudos del que pronto va a vibrar como una partícula más en esta armonía gigantesca de la vida.

Se dice que la noche y la soledad dan vida a las cosas. Pero más bien la noche y la quietud con condiciones para percibir la verdadera acción de las cosas.

La noche del 4 al 5 de julio de 1952 fue una noche de guardia nocturna para el monje trapense Thomas Merton. Bajo la noche cobran vida las cosas y aparecen en toda su bondad. En un himno a Dios y al silencio el monje escritor relata sus impresiones al recorrer un monasterio dormido en el silencio: “Luego comienzo a escuchar la noche elocuente, la noche de los árboles húmedos con rayos de luna deslizándose sobre el costado de la iglesia, en un halo de humedad y de calor atenuado. El mundo de esta noche resuena desde el cielo al infierno con elocuencia animal, con la salvaje inocencia de un millón de seres desconocidos. Mientras la tierra se alivia y refresca como un enorme y mojado ser viviente, la enorme vitalidad de la música resuena, vibra y zumba hasta meterse en todo y cubre el ancho mundo con su indiferente locura, que nunca se convierte en orgía porque todo es inocente y puro. No hubiera mencionado la posibilidad del mal, a no ser porque he recordado hasta qué punto el calor y la música exaltada de los seres vivientes puede volver loco a cualquiera, cuando no se halla en un monasterio, haciéndole cometer acciones que el mundo se ha olvidado ya de lamentar. Este es el motivo de que ciertas personas actúen como si la noche, y el bosque, y el calor y los animales llevaran en sí algún contagio, cuando por el contrario el calor es santo y los animales, las creaturas de Dios y la noche no fueron creados para ocultar pecados, sino tan solo para abrir infinitas distancias a la caridad y mandar a nuestras almas a jugar más allá de las estrellas.” Y más adelante: “El inmenso coro de seres vivientes se alza por encima del mundo bajo mis pies: la vida canta en los arroyuelos en los campos y en los árboles; coros formados por millones y millones de seres que saltan, vuelan y se arrastran.” (4)

Coincide el monje Merton con su venerado poeta Rilke? Desde luego que sí ya que ambos comparten el significado trascendente de las cosas y se remontan a “jugar más allá de las estrellas”.

4. Thomas Merton. El Signo de Jonás. Trad. de Julio 1956. pp 35 y sig.
Fernández Yañez. Editorial Exito. Barcelona. España. 1955. pp. 306 y 314.

Del silencio se pasa al Ser que envuelve al mismo silencio. La envoltura de las cosas nos lleva al Supremo Envoltente, condición última de todas nuestras perspectivas. Este el sesgo metafísico que toma la meditación navideña del P. Rahner pero en el fondo coincide con la dirección de Rilke: “Es como una quietud cuyo silencio grita, es como un misterioso sentimiento de que uno está siendo observado y no sabe de dónde por ojos, que casi como ojos de ciegos, no enfocan ni pueden ser enfocados). Es algo que siempre tiene que pensarse antes de todo: si se piensa en “hoy”, el pensamiento se desliza al “mañana”, si se considera ésto, entonces se le compara con algo que debe todavía ser considerado, si se decide por una cosa entonces lo decidido se encuentra envuelto por el conocimiento de que pudo ser de otra manera, si uno lleva el vaso a la boca entonces se mira el fondo y a través del fondo se mira lo sin fondo, el abismo” (3) Realmente no hay escape. Dios va siempre un paso adelante de nuestros pensamientos.

Nostalgia de Dios

El vaso que Rilke pone en la boca de su amigo Kappus para que vea el abismo a través del fondo transparente es la infancia del propio Kappus. En esa infancia con toda seguridad figura Dios impregnándolo todo con su divina mirada. Después vino el mal sembrador y creció también la zizaña. Y ahora hay algo que se revuelve y resiste al pensamiento de la infancia. Es el reproche que ahora no está Dios. Es el vago anhelo de querer recobrar lo que se ha perdido. Y es la decepción de que no está en nuestro poder volver a creer.

En este momento Rilke lanza a la cara una argumentación directa, profunda y progresiva: Es acaso Dios como una piedrecita que se puede perder? Entonces tal vez nunca lo has poseído en realidad. Pero si nunca lo has poseído, porqué lo echas de menos?

En esta última pregunta está la clave para interpretar las dos primeras y el sentido de la nostalgia de Dios, y el sentido de encontrarse sin Dios. En efecto, la sensación de pérdida de Dios supone una falsa concepción de Dios, un Dios estático, reliquia del pasado, o el Dios de los deístas, totalmente fuera de la actualidad histórica. Se ha “perdido” así un dios cual no existe en la realidad, un dios inerte como piedrecita.

Pero el Dios verdadero es el Dios viviente, el que fue, el que es y el que vendrá. El Dios que trabaja en nosotros cada día y por el que suspiramos día a día. Y la nostalgia de Dios debe traducirse por la ardiente expectación por la revelación del misterio que nos circunda. Porque lo anhelamos, en virtud del argumento teológico, es y será.

El que ha de venir

El misterio ha sido revelado por la palabra, pero falta todavía llegar al momento en que sin intermedio de palabras lo veamos cara a cara, y entonces callará toda boca y sobraré toda palabra. Así la Navidad abre su compás entre el día del nacimiento y la culminación de los tiempos. La Navidad, encuadrada en el tiempo de Adviento se orienta definitivamente al futuro en una actitud de ardiente esperanza. Porqué es verde todo comienzo? Porqué es verde la esperanza? Porqué la esperanza es esperanza de un comienzo?

Navidad es un comienzo... Un comienzo que ya ha comenzado, porque siempre comienza... Rilke se admira de la hermosura de todo comienzo. El comienzo de Cristo pide que sea el último porque lo perfecto es culminación de todo lo anterior. Nuestra esperanza se concreta así sobre el comienzo del Fin.

Entretanto, formamos a Cristo dentro de nosotros, ya que seremos consumados en El. Lentamente, por pases imperceptibles escogiendo lo mejor de lo mejor, entre lo insignificante de nuestras acciones, vamos preparando nuestro ser a la venida de Cristo.

A veces nos agujonea la angustia de la soledad y la agonía del silencio. Precisamente tal es su oficio, estimular la pausada tarea de edificar a Cristo perfecto.

Rilke: la tierra gime preparándose para el brote primaveral.

San Pablo: Toda creatura gime. Y también nosotros gemimos esperando la adopción de los hijos de Dios. (5)

La Liturgia de Adviento: Entreábrase la tierra y germine al Salvador.

RAFAEL E. CARIAS, S. J.

5. Rom. 8: 22-23.

Mesías con Barba

El conocido periodista italiano Lamberti Sorrentino, tras una estancia de algunos meses en la zona del Caribe como corresponsal, ha venido publicando en periódicos y revistas itálicas una serie de artículos sobre Cuba. Reproducimos el Nº 19 de fecha 13 de mayo ppdo. de la revista "Il Tempo" de Milán una parte de sus crónicas, que quizás pueda ayudarnos a entender el fanatismo idolátrico de una parte de la población cubana y de otros países de Latino-América.

Castro es considerado por la población del interior de la isla, particularmente en el campo, como un ser sobrenatural. En el viaje por avión desde Miami a Panamá, a principios de marzo, cuando inicié mi gira por el Caribe, oí contar a un viajero peruano procedente de Santiago de Chile que en las barriadas periféricas de aquella capital, en la cabecera de las camas la imagen de Cristo había sido substituída por la de Castro, y se le adoraba. Los fieles señalaban que la letras de los nombres de Castro y de Cristo son las mismas, menos una, la A en lugar de la I.

Hechos como éste no deben sorprender en las Américas, inclusive en los EE.UU., donde hace un siglo un predicador improvisado y polígamo fundaba la secta de los Moimones, que (se ha vuelto una religión que sigue haciendo prosélitos y gobierna un entero Estado, el de Utah, cuyos bienes pertenecen en un 75% a esta "iglesia".

Lentamente, entre la colectividad mestiza o mulata de Cuba (una tercera parte aproximadamente de la población, se ha venido formando el mito de Castro, a quien se considera como la reencarnación del legendario San Cristóbal de Angola, un Jesús afrocubano, pero de piel blanca, bueno y redentor. Castro cumplió los 33 años en 1959, cuando entró como vencedor en La Habana y, según sus fanáticos adoradores, fundó una nueva era de la humanidad.

Las señales premonitorias, según estos idólatras, fueron numerosas. Cuando pronunció su primer discurso en La Habana, volaron alrededor suyo, blancas palomas: un truco propagandístico que los adictos de Castro, que tienen sus reuniones secretas y ritos colectivos, consideran como un mensaje del cielo. Una de aquellas palomas se paró sobre la espalda izquierda de Fidel, deteniéndose allí un ratito. Los organizadores políticos habían pensado en la paloma de la paz de Picasso; los fieles —o, mejor dicho, los "fideles"— pensaron en una reencarnación del Espíritu Santo.

Dicen los antifidelistas de Miami, quienes fueron los primeros en contarme el episodio, que la paloma, mientras estaba sobre los hombros del "barbudo", hizo... lo que hacen todas las palomas; y que la huella, dejada sobre la tela verde caquí del uniforme, es considerada como una reliquia por los "fideles", que han logrado apropiarse de esta camisa y afirman con toda seriedad que cada año, a la misma hora la mancha se licuaría... ¡como la sangre de San Genaro mártir!

Pasando por alto esas tonterías, es verdad que, en miles de hogares de la isla se reza por él. Estos idólatras ven una señal del Cielo en el hecho que, cuando Castro desembarcó en la isla, en 1956, los batistianos mataron 70 entre los 82 hombres de su séquito. Quedaron sólo trece: él y... ¡los doce apóstoles! Y han sido estos trece los que transformaron una población de resignados a las supercherías y robos de los batistianos (los fariseos) en rebeldes armados y decididos a morir, como los primeros cristianos, por el Verbo: no el Verbo de Cristo sino el de Castro, que el nuevo redentor adaptó a los tiempos nuevos. Y así como el Evangelio tuvo su anuncio y preparación en los profetas del Antiguo Testamento, las prédicas de Castro, reencarnación del santo venerado en Angola, San Cristóbal, son la continuación, revisada y acomodada, de otro profeta más o menos barbudo: Karl Marx.